

# I. INTRODUCCIÓN

## 1. DESCRIPCIÓN GENERAL

La presente investigación pretende estudiar la relación que existe entre los estilos de crianza y los estilos de apego de las madres y su relación con el autoconcepto del hijo.

El autoconcepto lo define Epstein (1974, citado en Amezcua y Fernández, 2000) como una serie de conceptos que se internalizan de manera jerárquica y organizada, de una realidad concreta que incluye lo físico, lo social y lo emocional. Que cambia de manera constante influido por las experiencias y que se desarrolla a partir de relaciones con personas significativas. Menciona también que el mantener un buen concepto de sí mismo, proporciona integridad y seguridad a las personas.

Por su parte López (1995) en su teoría sobre el autoconcepto dice que es dinámico porque resulta de la experiencia y que va cambiando a lo largo de la vida.

Para Tranché (2000) es muy importante el desarrollo adecuado del autoconcepto, porque le proporciona a la persona la posibilidad de participar de manera responsables en las distintas actividades sociales y alcanzar un mayor nivel de felicidad; debido a que el influye en la imagen corporal, la percepción del ambiente familiar y escolar, la identidad sexual y la relación con los iguales.

La familia como núcleo básico social, tiene mucho que ver con el desarrollo del autoconcepto. Super y Hakness (citado en Palacios, Moreno e Hidalgo, 1998) proponen el término “nicho de desarrollo” para entender los elementos más importantes que influyen en el desarrollo del niño, éstos son las prácticas de crianza y educación que adoptan los padres; las características del entorno; y las características psicológicas de los cuidadores o encargados de la crianza. Al

comprender estos tres elementos, se está en mejores condiciones de entender el desarrollo del niño.

La clasificación de estilos parentales que define Parker (1989), propone cuatro estilos básicos que se mueven en dos ejes que son el cuidado y el control. El primer estilo es el de padres con cuidado óptimo, que es el resultado de un cuidado alto y un control bajo; el segundo estilo es el de padres con compulsión afectiva, que son los padres que cuidan mucho y controlan mucho; el tercer tipo son los padres que controlan sin afecto, éstos padres son los que resultan de puntajes altos en control y bajos en cuidado; y por último están los padres negligentes que son los que obtienen puntajes bajos en cuidado y en control.

Bowlby (1989) dice que existe una gran relación entre las formas de ejercer los estilos de crianza y la manera en que los hijos establecerán relaciones de apego.

Se entiende por apego a aquellas conductas de tipo afectivo que unen de manera recíproca a dos personas, una de las cuales es considerada como más fuerte y protectora, a lo largo del tiempo (Garelli y Montuori, 2000). Por lo general la primera relación de apego se establece entre la madre y el hijo. Para Bowlby (1989) el apego proporciona supervivencia, por la cercanía de la madre con el hijo y la satisfacción de las diferentes necesidades básicas del niño. Además esta relación facilita el aprendizaje, la salud mental y la socialización, entre otros.

Bowlby (1989) propone cuatro tipos de apego: a) el apego seguro, que se caracteriza porque el niño demuestra cierta angustia cuando es separado de la persona por la que siente apego, para después aceptar ser reconfortado por otra y comportarse de manera positiva cuando la primera persona regresa; b) apego de ansiedad /ambivalencia, se refiere a que el niño no siente seguridad de contar siempre con la persona con la que estableció el vínculo afectivo y eso le provoca ansiedad constante; c) Apego de evitación, que se caracteriza por una reacción defensiva y de rechazo hacia el objeto de apego, mostrando angustia ante la separación y evitándola al mismo tiempo; d) apego desorganizado, que se caracteriza porque el niño muestra comportamientos contradictorios y inconsistentes hacia la figura de apego.

Aunque los padres se consideran como las principales figuras de apego del niño, es la madre quien tiende a establecer vínculos más fuertes y duraderos. Por tal motivo, su influencia debe ser medular en el desarrollo integral del hijo.

## **2. AUTOCONCEPTO**

### **2.1 Definición.**

El autoconcepto es una característica propia del ser humano, ya que implica juicios que le permite conocerse, reconocerse y definirse, es decir forman parte de su conciencia de ser y estar. Sin embargo, al hablar de auto concepto encontramos una diversidad de enfoques que tratan de definirlo, por lo que no se tiene un consenso.

Algunos términos utilizados para definirlo son conocimiento de sí mismo, autoconcepto, autoestima e imagen de sí mismo. Sin embargo todos hacen referencia a los conocimientos, ideas, creencias y actitudes que se tienen acerca de uno mismo (Amezcuca y Fernández, 2000; Cava y Musitu, 2000; Palacios e Hidalgo, 1994).

El autoconcepto tiene una serie de características comunes que Epstein (1974, citado por Amezcuca y Fernández, 2000) menciona: es un conjunto de conceptos internamente consistentes y jerárquicamente organizados, es una realidad compleja, integrada por aspectos más concretos, como el físico, el social, el emocional y el académico; es dinámico porque se modifica con la experiencia, integrando nuevos datos e informaciones; se desarrolla a partir de las experiencias sociales, especialmente con las personas significativas; y finalmente, el individuo necesita mantener un concepto de sí mismo porque le proporciona integridad y seguridad.

Por lo que el autoconcepto remite a auto descripciones de tipo abstracto que incluye 3 dimensiones: la cognitiva, en la que la persona organiza la información que se refiere a ella misma en esquemas mentales; la afectiva,

también llamada autoestima porque la persona hace una valoración de sus calidades subjetivas, que provienen de su experiencia y las puede considerar positivas o negativas; y por último la conductual, que se refiere a conductas que buscan reconocimiento por uno mismo o los demás (Cava y Musitu, 2000).

Se puede asegurar cada vez con mayor certeza, que la calidad de las relaciones que ha tenido el niño desde su nacimiento, determinan su capacidad cognitiva, su motivación para tener éxito escolar y sus expectativas de logro para alcanzar sus objetivos (Schaffer, 1991), promoviendo también su individualización y el crecimiento de su propio autoconcepto (Clemente y Lidón, 1996)

Comprender la formación del autoconcepto a través del desarrollo del niño resulta imprescindible. Por ello, se retoma la manera en que Ausubel y Sullivan (1997) definen la forma en que el autoconcepto se va diferenciando en los primeros años de la vida:

a) Etapa pre-verbal: el lenguaje facilita el desarrollo del autoconcepto, sin embargo, desde antes de su aparición, el niño ya posee una percepción de lo que está dentro y de lo que está fuera de sus fronteras corporales. Esta percepción se va dando a medida que conoce y explora su medio y su propio cuerpo, a través de los sentidos. La figura materna le sirve de referencia para formar la imagen de sí mismo, ya que es la que satisface sus necesidades. Incluso esta conciencia se acentúa más en los momentos que la madre tarda en recurrir a sus llamadas, debido a la sensación de incomodidad-satisfacción corporal y a la presencia de objetos y personas en el ambiente.

b) Etapa verbal: en esta etapa el niño se define a sí mismo a través de la noción de posesión “esto es mío”, entre el 8° y el 20° mes, y a través de la referencia a sí mismo como tercera persona “Santiago quiere leche”, alrededor de los 24 meses. Ya para los 27 meses utiliza la abstracción de sí mismo “yo”; a partir de este momento el niño ya puede identificar a otras personas, objetos y valores, así como incorporar normas, conductas competitivas, juicios propios, sentimientos de culpa y conciencia de sus actos. A medida que el niño crece va siendo cada vez más conciente de que depende de otros para satisfacer sus necesidades y caprichos.

Esta autopercepción de dependencia puede generar sentimientos de inseguridad si no es atendida, o bien si sus sentimientos de seguridad no quedan reforzados por la presencia de quien lo atiende. Es por ello que cuando existe una separación abrupta de la madre, de cuidados inconsistentes o de cambios repentinos, aparecen síntomas de superdependencia en los niños pequeños y de una excesiva ansiedad respecto a la dependencia de los adultos.

Durante esta etapa, se presenta una paradoja entre lo que el niño quiere y lo que los adultos le proporcionan; por lo general la figura materna satisface sus necesidades y complace sus caprichos, por lo que el niño entra en una fase que Ausubel y Sullivan (1997) denominan “omnipotente”. Este sentimiento de omnipotencia es el resultado de la experiencia del niño con respecto a sus padres y también a la inmadurez cognitiva que no le permiten comprender estas relaciones. Prueba de ello son las manifestaciones autoritarias y posesivas de esta edad: “¡quiero! y ¡mio!”. Entre los 2 y los 4 años los padres se vuelven menos tolerantes ante las demandas del niño y le exigen conductas cada vez más autónomas, como el control de esfínteres, comer adecuadamente, expresarse correctamente, vestirse solo y compartir sus cosas, lo que lo lleva a vivir una crisis denominada “desvalorización del yo”. En ella el niño es más conciente de sus capacidades, de lo que puede y no puede hacer y también de que sus padres lo complacen o le resuelven sus necesidades cuando ellos así lo deciden. Por un lado se presenta la frustración ante la no satisfacción de sus demandas, en donde descubre su impotencia dentro de la estructura familiar, y por otro, el descubrimiento de su autonomía.

Para recuperara su valía, el niño descubre también que siendo aliado de los adultos cubre sus necesidades y se siente aceptado por ellos, lo que significa para él fuente de seguridad, protección, cuidado y cariño, por lo que su sentido de seguridad se basa en la satisfacción de sus necesidades y en la aceptación emocional. Para que esto se dé, se requiere que el niño se perciba como un individuo genuinamente aceptado y valorizado por sí mismo, y ello refleja indudablemente actitudes parentales de aceptación y valorización (Palacios e Hidalgo, 1994). Sin esta perspectiva parental, el niño no tendrá deseos de

subordinarse a la voluntad de otros y seguirá buscando, de manera frustrante dada su corta edad, ser independiente.

De igual manera, cuando los padres solo valoran al hijo por las cosas que puede hacer, tarde o temprano el niño cae en la cuenta de que vale en función de su capacidad para satisfacer ciertas demandas de los adultos y no por ser él mismo.

En el mismo sentido, los padres que sobre valoran a sus hijos, les proporcionan un ambiente que les ayuda a mantener por algún tiempo la ficción de su omnipotencia, que les impide la formación adecuada de su identidad. Pasada la primera infancia, los niños tienen la capacidad de esperar para satisfacer motivaciones placenteras y obtener aprobación a largo plazo. También empiezan a desarrollar habilidades de independencia en las que, siguiendo el modelo paterno, ahora pueden realizarlas satisfactoriamente.

De este modo, los niños que se perciben intrínsecamente valorados en el hogar por lo que son y cómo son, se muestran más independientes en la escuela y el hogar, plantean menos exigencias a los adultos, se permiten la expresión de sus sentimientos y pensamientos y reflejan mayor control emocional.

Por su parte López (1995) explica la adquisición del autoconcepto o identidad, como una teoría dinámica sobre sí mismo, resultado de la experiencia y que va cambiando a lo largo del ciclo vital. Supone la identidad existencial y la identidad categorial. La primera es la conciencia de sí mismo, que hace diferentes a las personas de los demás y que permanece a lo largo del tiempo. Da muestras de aparecer cuando el niño comienza a actuar intencionalmente distinguiendo entre medio y fines, atribuye permanencia a las personas y construye un concepto sencillo del tiempo.

La segunda, la identidad categorial, es la que dice cómo son las personas y está compuesta por la identidad sexual (soy niño, soy niña) y la identidad de género (características y funciones que la sociedad asigna como niño/niña). Esta identidad categorial sigue tres procesos: a) reconocimiento conductual de la existencia de cosas y actividades para niño y para niña, que antes de los dos años ya hay preferencia; b) autclasificación “soy como papá” o “soy como mamá”, que

supone conocimiento de identidad sexual y de género, se da entre el año y medio y los tres años; c) define preferencia y valores, “los niños son más fuertes” o “las niñas usan vestido”, se da a partir de los 3 años.

Cuando el desarrollo del autoconcepto se realiza de manera adecuada y positiva, la persona está en mejor posibilidad de participar de manera responsable en las distintas actividades sociales y alcanzar un mayor nivel de felicidad, ya que influye tanto en la imagen corporal, el ambiente familiar y escolar, la identidad sexual y el grupo de iguales (Tranché, 2000).

Un autoconcepto positivo, hace que las personas se acepten ellas mismas como personas y se valoren como miembros competentes y eficaces de la comunidad, permitiendo abordar las tareas de manera resuelta, tranquila y realista.

Algunas características relacionadas con un autoconcepto adecuado son estabilidad emocional, seguridad en sí mismo, salud mental, pensamiento flexible y con menos prejuicios y aceptación de sí mismo. Por el contrario, las personas con un autoconcepto bajo o inadecuado tienen constantemente una sensación de inadaptabilidad e incompetencia y con frecuencia, propensión al derrotismo, dudando de su capacidad para enfrentar retos. Algunas características asociadas al bajo autoconcepto son padecer inseguridad, insomnio, desórdenes alimenticios, son más sensibles a la crítica y a la burla y tienden a sentirse solos (Gimeno, 1976).

Por lo que se puede afirmar que el ambiente sociocultural permite desarrollar estructuras internas que le permiten al hijo autodefinirse y autovalorarse de manera adecuada o inadecuada (Espinoza y Balcázar, 2002, citado por Pinzón, 2002).

## **2.2 Estudios recientes.**

Acevedo, J. A. (2003) encontró relaciones entre varios factores y el autoconcepto: la introyección de valores universales, el establecimiento de orden y reglas dentro

del funcionamiento familiar y el desarrollo de la independencia, en estudiantes universitarios.

Broemer y Blumle (2003) encontraron que cuando se tiene una imagen positiva de sí mismo, aunado a un estilo de apego seguro, las personas tienden a ser menos vulnerables a la crítica negativa.

Cortés, L. y Flores, M. (2002) encontraron diferencias significativas en el autoconcepto relacionadas con el sexo, la edad y la posición ordinal de niños yucatecos.

Ruiz, Roosa y Gonzáles (2002) en un estudio que buscaron correlacionar autoestima, estilos parentales, etnicidad y nivel socioeconómico, encontraron que los padres tenían menos influencia en la autoestima de niños de familias con nivel socioeconómico bajo.

Espinoza y Balcázar (2002), estudiaron el autoconcepto y la autoestima en niños maltratados y niños de familias intactas, encontrando que el ambiente familiar es determinante en la formación de estructuras internas que permiten autodefinirse y autovalorarse de manera adecuada o inadecuada.

Amezcuca y Fernández de Haro (2000) estudiaron la influencia del autoconcepto en el rendimiento académico, no encontrando una correlación significativa entre ambas variables.

Itskowitz, Navon y Strauss (1988) encontraron una relación significativa entre la autoimagen positiva que percibían los niños de sí mismos y el trato cercano y afectuoso de sus maestros.

Ortega (1994) encontró que existe relación entre los estilos de crianza de las madres y el desarrollo del autoconcepto de los hijos.

Todo este entorno que influye sobre el niño, es el resultado de la manera en que se inculcan valores, tradiciones, usos y costumbres, esto es el proceso de culturación del niño. Es por ello que a continuación se analizará la manera en que la sociedad trasmite la cultura a través de su núcleo básico y dinámico que es la familia.



### 3. ESTILOS DE CRIANZA.

Cuando el niño llega a la escuela, ya tiene tras de sí una serie de experiencias que han definido su personalidad y desarrollo. Parece ser que el término “Nicho de desarrollo” de Super y Hakness (citado en Palacios, Moreno e Hidalgo, 1998) posee los componentes más completos para entender la amplia gama de elementos que influyen en el desarrollo. El nicho de desarrollo es todo aquello que influye en el proceso de vida. Posee tres elementos básicos: las prácticas de crianza y educación reguladas por la cultura; las características del entorno, que se refiere al lugar físico y social en el que el niño se desenvuelve, y las características psicológicas de los cuidadores o encargados de la crianza, que por lo general son la madre, el padre, los familiares y personas más cercanos, como los maestros o educadores. Estos tres elementos se conjugan con las características físicas y psíquicas del niño de una manera única conformando su personalidad.

#### 3.1 Socialización.

El ser humano al nacer posee tres características particulares: es indefenso, posee una gran capacidad de aprendizaje y está pre-orientado socialmente. De ahí que como grupo gregario, se lleva a cabo un proceso interactivo en el que el niño se integra al grupo social existente, para lo cual satisface sus necesidades y asimila la cultura. Esto se denomina socialización (López, 1995). La socialización se lleva a cabo a través de tres procesos:

a) *Procesos mentales de socialización.* Son los conocimientos sociales que se refieren a las personas y a la sociedad. En los referidos a las personas están el reconocimiento, la identidad y los roles propios y ajenos; la diferenciación entre conocidos y extraños; los sentimientos, intenciones y puntos de vista de los demás; las relaciones de amistad, familia, entre otros. En los conocimientos que se refieren a la sociedad están la familia, la escuela, el gobierno; los

conocimientos de valores, normas y juicio moral; y los conceptos sociales de dinero, nación y ciudad. Muchos de estos conceptos se adquieren antes de los dos años.

*b) Procesos conductuales de socialización.* Refiriéndose a las conductas adecuadas e inadecuadas para el desenvolvimiento dentro de la sociedad. Ello supone conocimientos de valores, normas y hábitos, así como el control sobre la propia conducta. Estos procesos incluyen el aprendizaje de hábitos como comer, asearse o vestirse; el aprendizaje de habilidades sociales y el aprendizaje de conductas prosociales como pedir, preguntar, escuchar o compartir. La educación en estos procesos se inicia desde el nacimiento, ya para los dos años se refleja su adquisición y a partir de esta edad se continúa su desarrollo.

*c) Procesos afectivos de socialización.* Se refiere a la necesidad de establecer relaciones cercanas, llamadas vínculos, que generan sentimientos de seguridad, empatía y bienestar entre las personas vinculadas. Se considera al apego como el vínculo afectivo básico. Otros afectos que impulsan al individuo a relacionarse son el deseo, la atracción, el enamoramiento, la empatía y la amistad (López, 1995).

Estos tres procesos permiten al ser humano desempeñarse de una manera adecuada en su medio físico y social. Los padres, que son las personas más significativas en su vida, protegen y enseñan a través de su lenguaje y actitudes, lo que consideran mejor para el desarrollo óptimo de su hijo.

### **3.2 Ideología parental.**

Se considera a la familia como el agente socializador más importante para el niño, pues en ella encuentra protección y realiza los aprendizajes básicos para desenvolverse dentro del medio en el que se encuentre. Antes se pensaba que el proceso de educación y crianza del niño era de tipo unidireccional, es decir, los padres le proporcionaban todo al niño y el era un simple receptor. Ahora se considera a la familia como un sistema, en el que los miembros que la forman reciben influencias recíprocas y actúan en función de ellas (Moreno y Cubero, 1994).

El tema sobre las ideas de los padres en relación al desarrollo y la educación de los hijos ha sido fuente de investigación creciente a partir de la década de los noventa. Puesto que la interacción padres-hijos tiene una influencia recíproca, los procesos mentales de los padres influyen en su propia conducta y en la de sus hijos. Es por ello que resulta interesante entender la manera en que se desarrollan las ideologías sobre el desarrollo y el tipo de crianza infantil.

Se entiende por ideología un sistema de ideas que trata de explicar las cosas y que además da pautas para actuar sobre ellas con vistas a su transformación.

Hay dos maneras de aproximarse al conocimiento de estas ideologías: la primera es desde la perspectiva individual, es decir sobre lo que cada padre piensa que es lo correcto a la hora de educar a su hijo; y la segunda es la perspectiva de tipo colectivo, es decir, los miembros de una determinada cultura comparten ideas sobre educación y formas de socializar de los niños (Palacios y Rodrigo, 1998).

Muchos de estos conocimientos y prácticas de crianza forman parte de un conjunto de creencias, teorías ideas y comportamientos que constituyen supuestos básicos de los que habitualmente no se tiene conciencia porque han formado parte de la propia crianza y están dentro del paisaje cotidiano.

Como la experiencia personal juega un papel importante en la construcción de conocimientos y en la manera de pensar, resulta lógico entender que dentro de una misma sociedad existan distintos tipos de ideologías respecto al desarrollo, la crianza y la educación de los hijos. También se debe considerar los cambios históricos y generacionales que se producen. Por ejemplo, en algunas sociedades occidentales ahora se valora menos la conformidad y la obediencia, que la autonomía y la independencia (Moreno y Cubero 1994).

Respecto a los contenidos de las ideas que los padres tienen sobre desarrollo y educación, Palacio, Moreno e Hidalgo (citado en Palacios y Rodrigo, 1998) subrayan cuatro aspectos básicos:

a) *En relación con el origen y causas de la conducta:* algunos padres sostienen una visión innatista, en la que su capacidad de influencia sobre el desarrollo del niño es limitada, pues éste nace con características psicológicas determinadas. Otros padres sostienen una visión más optimista, pues consideran al niño como un conjunto de posibilidades abiertas al futuro.

b) *En relación a metas y valores educativos:* se han encontrado casi de manera universal tres objetivos: la supervivencia y la salud del niño, el desarrollo de sus capacidades para lograr la independencia, y la asimilación de valores culturalmente apreciados como normas morales y prestigio social.

c) *En cuanto a ideas sobre el calendario evolutivo:* es decir, a qué edad creen que aparecen determinadas habilidades en los niños, se ha encontrado que en general se tiende a infravalorar las capacidades de los niños entre los 0 y los 5-6 años y se tiende a sobrevalorar a los niños mayores de 7 años.

d) *En relación con las ideas sobre aprendizaje y técnicas educativas:* algunos padres creen que el niño es capaz de descubrir el conocimiento cuando el adulto le facilita los medios, mientras otros piensan que el niño no sabe y necesita ser enseñado por los adultos. Por otro lado, algunos padres prefieren el camino del diálogo y la disciplina inductiva, mientras otros optan por métodos más expeditivos y coercitivos.

Estos cuatro aspectos básicos sobre los que los padres fundamentan sus ideas sobre educación, les permiten desarrollar estilos característicos de crianza, que algunos autores los clasifican de acuerdo a sus semejanzas.

### **3.3 Tipos de padres.**

Desde los años 60 los investigadores han tratado de establecer relaciones entre los patrones parentales y la conducta de los hijos, encontrando que existe relación significativa entre unos y otros (Carter y Welch, 1981; Neal y Frick Horbury, 2001; Ortega, 1994; Parker, 1993).

Palacios et al. (Citado en Palacios y Rodrigo, 1998) definen tres tipos de padres, con sus características ideológicas:

a) *Los padres modernos*: defienden la interacción herencia-medio, se atribuyen gran protagonismo en el desarrollo de sus hijos, consideran el calendario evolutivo con previsiones de logro más bien optimistas, prefieren los métodos educativos basados en las explicaciones y el diálogo, fomentan valores no estereotipados en función del género. Estos padres muestran altos niveles de implicación, participando activamente en diferentes actividades de la vida cotidiana, como bañar al hijo, contarle cuentos, entre otras. Tienen una interacción más rica y estimulante y saben ajustar el nivel de exigencias en cada situación al nivel de desarrollo de sus hijos.

b) *Los padres tradicionales*: tienen ideas innatistas, se ven a sí mismos con poca capacidad de control e influencia, consideran el calendario evolutivo de manera pesimista con respecto a logros reales, prefieren técnicas de tipo coercitivo para lograr disciplina e inculcan valores diferentes para niños que para niñas. Estos padres muestran una muy escasa implicación con las rutinas cotidianas de los hijos. Sus prácticas educativas son más monótonas y menos estimulantes.

c) *Los padres paradójicos*: tienen ideas contradictorias y con poca coherencia, oscilan entre ser padres modernos y ser tradicionales, creen que el ambiente es el que determina la conducta de sus hijos, se ven con poca capacidad de influir en su hijo, consideran el calendario evolutivo de manera demasiado optimista y tienen formas de intervención educativa más bien tardía. Estos padres muestran mayor implicación que los tradicionales, pero menor que los modernos. Estimulan de una forma variada a sus hijos, pero no saben ajustar sus interacciones al nivel de desarrollo propio de cada niño o niña.

Existen muchas variables que influyen en esta tipología. Por ejemplo, respecto a la ocupación de los padres se ha observado que los padres que fomentan la conformidad y la obediencia, es porque en sus trabajos así se comportan, mientras que los que fomentan la autodirección y la independencia es porque en sus trabajos desarrollan dichos valores. Otra variable, tal vez la más determinante, es la escolaridad de los padres, encontrándose que a menor

escolaridad hay más aproximación a la ideología del saber popular y del pasado, mientras que a mayor nivel educativo hay más posibilidades de tener convicciones próximas al conocimientos científico y por lo tanto a comprender un poco más la vida mental de las personas.

Se considera por lo tanto a la escolaridad como el elemento más importante para modificar ideas sobre educación y desarrollo tradicionales, porque aporta cuatro elementos fundamentales: proporciona información que permite mayor participación en la vida social, mayor sentimiento de eficacia personal y capacidad de control, autonomía con respecto a las ideas y creencias tradicionales y apertura y flexibilidad respecto a nuevas ideas (Inkeles y Smith, 1974, citado en Palacios y Rodrigo, 1998).

Existe otra clasificación de estilos parentales que propone Braumrid (citado en Moreno Y Cubero, 1994), en la que se combinan cuatro elementos clave de la manera de educar a los hijos, dichos elementos son: el grado de control, el tipo de comunicación parento-filial, las exigencias de madurez y el afecto que se permitan expresar en la relación. Basándose en ello, existen cuatro tipos de padres:

*a) Padres autoritarios:* estos padres se caracterizan por manifestar altos niveles de control y de exigencias de madurez y bajos niveles de comunicación y afecto explícito. En su vida diaria tratan de influir, controlar y evaluar las conductas de sus hijos en base a normas rígidas preestablecidas. Exigen obediencia y utilizan métodos coercitivos de disciplina. Consideran muy poco el punto de vista del hijo. Son fríos y limitados en sus expresiones afectivas. Los hijos de estos padres por lo general son obedientes, ordenados y poco agresivos, también suelen ser tímidos y poco tenaces para lograr lo que se proponen (Moreno y Cubero, 1994).

*b) Padres democráticos o con autoridad:* son padres que presentan elevados niveles de comunicación, afecto, control y exigencia de madurez. En general son padres cariñosos, les gusta platicar con los hijos y consideran sus opiniones; dirigen y se preocupan por su hijos sin abusar del castigo, más bien optan por el diálogo.

Difícilmente se rinden ante los caprichos y berrinches del hijo. Son conscientes de sus sentimientos y de la etapa evolutiva por la que están pasando (Carter y Welch, 1981; Liebert y Spiegel, 2000).

Los hijos de estos padres por lo general desarrollan adecuadamente sus competencias sociales, expresan libremente sus opiniones y sus sentimientos, son participativos, buscan la ayuda de sus padres cuando encuentran algún problema, son confiados, independientes, amistosos y tenaces. Poseen elevados niveles de autocontrol y autoestima (Moreno y Cubero, 1994).

c) *Padres permisivos*: estos padres muestran bajos niveles de autoridad y exigencia de maduración y altos niveles de comunicación y afecto. Son padres que se llevan bien con sus hijos, aceptan sus conductas y deseos y casi no recurren al castigo.

Consideran la opinión del hijo hasta para tomar decisiones importantes, dejan que el niño se organice al máximo, utilizan el razonamiento y rechazan el poder. Los hijos de estos padres son muy sociables y alegres pero tienen problemas para controlar sus impulsos, no asumen responsabilidades, son inmaduros y poseen bajos niveles de autoestima (Carter y Welch, 1981; Moreno y Cubero, 1994).

d) *Padres negligentes*: estos padres poseen bajos niveles de autoridad, exigencia de maduración, comunicación y expresión de afecto. Pareciera que a estos padres no les importaran tanto los hijos, ya que carecen del compromiso para supervisarlos adecuadamente.

Son padres que se muestran inconsistentes respecto a la autoridad y a los afectos. No consideran los periodos evolutivos ni la expresión adecuada de los sentimientos. Los hijos de estos padres se perciben irresponsables en diversos aspectos, incluidos los que afectan su propia salud y bienestar físico. Son niños amistosos pero desarrollan pocas habilidades de conducta social básica (Liebert y Spiegel, 2000).

Otra clasificación de padres la presenta Parker (1989), quien define cuatro estilos básicos de paternidad que se mueven en dos ejes que son el cuidado y el control. Ambos ejes se cruzan y resultan los cuatro estilos parentales:

a) *Padres con cuidado óptimo*: se refiere a los que cuidan mucho a sus hijos y no los sobreprotegen, en general presentan elevados niveles de comunicación, afecto, control y exigencia de madurez. Los hijos de estos padres se desarrollan de una manera óptima, pues logran equilibrar sus habilidades sociales, cognitivas y afectivas; saben demandar sus necesidades y no les cuesta cumplir con sus obligaciones y metas (Carter y Welch, 1981; Liebert y Spiegel, 2000).

b) *Padres con compulsión afectiva*: son padres que se preocupan y cuidan de manera excesiva a sus hijos, cayendo en la sobreprotección. Los niños que se sienten sobrevalorados tienden a ser dominantes, agresivos, desobedientes y caprichosos. Sienten que todos deben tratarlo de manera especial y buscan ser el centro de atención. Se le dificulta aceptar juicios e intereses de otros. Los niños sobreprotegidos tienden a ser sumisos, dependientes, tímidos, ansiosos e inadecuados para enfrentar situaciones desconocidas o para relacionarse con gente nueva (Ausubel y Sullivan, 1997).

c) *Padres que controlan sin afecto*: son padres que tienden a sobreproteger excesivamente a sus hijos pero no los cuidan adecuadamente. Los niños sobredominados le cuesta trabajo elegir roles y objetivos, pues no se les ofrecen oportunidades de reconocer sus capacidades y límites propios. La sobreprotección es el cuidado llevado al extremo, en donde el padre fomenta la dependencia y obstaculiza la socialización, por los métodos encubiertos de control que generan sentimientos de culpa (Parker, 1993).

d) *Padres negligentes o descuidados*: Son aquellos que combinan de manera deficiente el cuidado y la protección. Los niños que se sienten rechazados por sus padres tienen a ser tímidos y sumisos por una parte, y agresivos y desobedientes por la otra.

La paternidad óptima es una combinación de alto cuidado con baja sobreprotección, en donde los padres construyen una base segura desde la que los hijos exploran el mundo y pueden regresar para recibir protección, consuelo y ayuda (Bowlby, 1989; Parker, 1993, citados por Magaña, 2003).



En relación al apego y los estilos de ejercer la paternidad, Bowlby (1989) señala las características de los padres que predicen los diferentes tipos de apego que generarán en sus hijos:

a) *Los niños con apego seguro* tienen padres sensibles, que aceptan al niño, son cooperativos y accesibles, se muestran con disposición ante las demandas del hijo y expresan con facilidad sus emociones. Son cálidos y democráticos en sus relaciones (Franz, McClelland and Weinberger 1991).

b) *Los niños con apego de ansiedad/ambivalencia*, tienen padres que los aceptan y aunque no rechazan el contacto corporal y expresan sus afectos, se caracterizan por ser poco accesibles y no estar dispuestos ante las demandas del hijo así como a estimularlos muy poco. Su capacidad de atención y respuesta ante los hijos es pobre.

c) *Los niños con apego de evitación*, tienen padres que les manifiestan un elevado rechazo, evitan el contacto, boqueando los intentos del niño por lograrlo, no le dan valor a las relaciones afectivas, por lo que son muy fríos y planos en sus emociones. En su trato son muy rígidos y distantes.

d) *Los niños con apego desorganizado* tienen padres temerosos o amenazadores, con frecuencia son padres maltratadores o con una historia de abuso o negligencia en sus propia infancia.

De esta manera se entiende cómo la ideología sobre la educación, desarrollo y crianza de los hijos influye en la manera en que los padres tratan a sus hijos, es un camino de dos direcciones, las ideas influyen en las conductas y también las conductas de los hijos influyen en la manera en que los padres los conceptualizan, los entienden y los atienden.

No se debe olvidar, sin embargo, que pese al tipo de ideas que tengan los padres, los niños imprimen su propio sello distintivo a su proceso evolutivo, porque de todas las personas que rodean al niño, los más significativos en su vida son, sin duda, sus padres.

Es por ello que las actitudes de los padres y sus prácticas de crianza y educación son los aspectos determinantes del desarrollo del autoconcepto de los niños (Palacios e Hidalgo, 1994).

### **3.4 Estudios recientes.**

Vallejo, Aguilar y Valencia (2001) en una muestra de familias totonacas, encontraron que los adolescentes percibían a sus madres como más autoritativas, autoritarias y permisivas que a los padres, y a éstos más negligentes que a ellas.

Charles, Frank, Jacobson y Grossman (2001) encontraron que los modelos de relaciones entre madres e hijas, tienden a repetirse de una generación a otra.

Gordillo (2000) encontró altas correlaciones entre las experiencias tempranas parentales, la satisfacción marital y la inteligencia emocional.

Chorpita y Barlow (1998) encontraron factores de experiencias tempranas relacionadas con el desarrollo de la ansiedad, entre las que están los estilos parentales y el apego.

Levy, Blatt y Shaver (1998) encontraron relaciones entre las representaciones de los estilos parentales y el desarrollo del apego en estudiantes universitarios.

Domínguez y Carton (1997) encontraron relación entre los padres democráticos y el desarrollo de conductas de autonomía, creatividad, auto aceptación y capacidad de insight de los hijos.

Franz, McClelland y Weinberger (1991), en un estudio longitudinal con duración de 36 años, encontraron que los hijos cuyos padres mantuvieron relaciones cálidas, afectuosas, de cuidado y disciplina, mostraron ser adultos con ajuste y estabilidad socioemocional, que mantenían relaciones durables y afectuosas en sus entornos.

## **4. APEGO**

El ser humano como ente gregario, posee una necesidad esencial de establecer vínculos con otras personas. Estas relaciones son tanto físicas como emocionales.

Son físicas, porque requieren cercanía para protegerse, ayudarse o reproducirse; y son emocionales porque en la convivencia se generan sentimientos que van desde el amor, aprecio y solidaridad, hasta el odio, la humillación y el abandono. Los vínculos afectivos determinan las formas de relacionarse de las personas e influyen en el desarrollo de la personalidad de cada quien. Incluso las psicopatologías encuentran parte de su origen en la calidad de este vínculo.

#### **4.1 Definición.**

El apego es una serie de conductas afectivas que unen de manera recíproca a una persona con otra específica, diferenciada y preferida, vivida como más fuerte y protectora, a lo largo del tiempo (Garelli y Montuori, 2000)

La primera relación de apego se establece generalmente entre la madre y el hijo, y la calidad de esta relación determina las relaciones futuras del niño con los demás. De tal forma que una relación de apego adecuada, lleva a establecer vínculos sanos con otras personas y proporciona al niño una base segura para la exploración del entorno próximo (Clemente y Lidón, 1996).

Una relación inadecuada puede generar conductas indeseables en el niño o alteraciones emocionales definitivas (Garelli y Montuori, 2000).

Se han formulado algunas teorías para explicar la vinculación. Por un lado el psicoanálisis explica la vinculación como una manifestación del instinto sexual y por lo tanto la persona que proporciona alimento, proporciona también placer, de ahí surge la vinculación afectiva (Bolwby, 1989).

Otra teoría es de origen conductual, y explica el vínculo como un impulso secundario que nace a raíz de que el niño obtiene el alimento de la madre, que es la figura familiar única y como fruto del aprendizaje, el niño asocia el alimento con la persona que se lo da y de ahí surge la vinculación afectiva.

Esta teoría resulta insostenible para teóricos como Shaffer y Emerson (1964) quienes observaron que también se genera vínculo entre el niño y quien juega y lo estimula, aunque no lo alimente. También Stevens (1971) observó que

el niño se vincula a una determinada persona aunque sea cuidado y alimentado por varias.

Otra teoría relacionada es la del aprendizaje operante de Gewirtz (1961) que explica que la madre se vincula con el niño por las actividades de cuidado y cariño que le da y no sólo por satisfacer sus necesidades básicas. Un aspecto curioso que ninguna de estas dos teorías explican es el hecho de que tanto en animales como en el ser humano, los bebés muestran fuertes conductas de vinculación pese a que el adulto con el que se vincula se muestre rechazante y evasivo. Bowlby (1989) explica que los lactantes poseen una respuesta instintiva de búsqueda de proximidad hacia la figura familiar, por el simple hecho de poder sobrevivir en un medio en el que se encuentra desprotegido y completamente dependiente, por lo que el vínculo es una conducta básica muy fuerte, de origen primario, que le permite asegurar la supervivencia (Turner, 1983).

Esta teoría surge como resultado de las investigaciones sobre los efectos de las separaciones tempranas de los niños con sus padres y madres, que a partir de la Segunda Guerra Mundial fueron motivo de recurridas observaciones por investigadores como Dorothy Burlingham (1944), James Robertson (1958), Spitz (1958), Heinicke y Westheimer (1966) y Anna Freud (1971, 1976).

El apego es una conducta que tiene las siguientes características: es esencialmente afectiva, ya que genera sentimientos y emociones; perdura a través de los años y las separaciones, dependiendo de la calidad del vínculo, es singular, pues el niño elige con quién se vincula de los que viven en su entorno; no es innata, pues requiere de un proceso para establecer el vínculo; es el resultado de la calidad de la interacción entre estas personas, por lo que a una mala relación, un apego deficiente y débil; por último, existen relaciones de apego a lo largo de la vida (Bowlby, 1989). Se puede decir que se trata de una relación dinámica pues así como se forma, se va modificando y renovándose a lo largo de la vida.

Las etapas por las que se forma el vínculo del apego son: durante el primer mes, el niño es un buscador activo de estímulos sociales: caras, movimiento, contacto, calor corporal, voz, entre otros. Del segundo al sexto mes: el bebé

discrimina entre caras conocidas y desconocidos, prefiere a mamá o a papá. Del sexto al duodécimo mes: la conducta del niño muestra preferencia hacia ciertas personas, y ante los desconocidos muestra recelo, cautela, miedo o rechazo (López, 1995).

Aproximadamente al año de edad el niño ya se ha formado un modelo mental de la relación, en la que se interioriza la calidad del vínculo como respuesta a las experiencias de relación. En la formación de este modelo mental intervienen: los recuerdos de la relación, si la figura de apego era accesible o no, el mundo físico y social en que se situó la relación y las expectativas de dicha relación (Bowlby, 1989).

Se puede decir entonces, que el apego proporciona supervivencia, por la cercanía de las personas vinculadas y la satisfacción de las distintas necesidades del niño, y también genera seguridad emocional, necesarias para la exploración del entorno. Otras funciones del apego son: facilita el aprendizaje, la salud mental y la socialización como fruto de la seguridad que el niño siente para explorar e interrelacionarse con otros; y proporciona placer, porque casi siempre se establecen relaciones de juego (Bowlby, 1989). Es por ello que la teoría del apego, ayuda a entender cómo la formación de vínculos entre el niño y la persona que lo cuida, determina que algunos niños crezcan felices y seguros de sí mismos, otros ansiosos y deprimidos; y otros agresivos y antisociales (Garelli y Montuori).

## **4.2 Tipos de Apego**

Basándose en las observaciones sobre las conductas que frente a la separación de sus madres presentaban los niños, Bowlby postuló una secuencia de reacciones que acompañan dicha separación: fase de protesta, en la que el niño está ansioso, nervioso, excitado, llora intensa y fuertemente, golpea, tiene la expectativa de que su madre vuelva pronto, pregunta por ella y se niega a recibir ayuda; después viene la fase de desesperación en la que su excitación psicomotriz empieza a disminuir, llora con menor intensidad y en forma más

monótona, está distante e inactivo y su conducta sugiere desesperanza, empieza a dudar de que su madre vuelva; finalmente la fase de desapego, en la que el niño deja de llorar y se empieza a interesar en el medio y las personas que lo rodean, pero cuando su madre regresa, da muestras de defensa y evitación, se mantiene apático, indiferente y distante.

La duración de esta fase va a depender de la actitud de la madre y su tolerancia a las demandas contradictorias del niño y a su relación previa con él. En general se observan estas tres fases en todas las separaciones, pero la duración de cada una depende de la relación madre-hijo, el ambiente en el que deje al niño y las personas encargadas de cuidarlo. Dependiendo de la intensidad de la reacción que muestre el niño, será el tipo de apego que desarrolle (Garelli y Montuori 2000).

Bowlby clasifica el apego en 4 tipos:

a) *Apego Seguro*: el niño muestra poca o ninguna conducta de resistencia y evitación hacia su madre, son variables en cuanto a la búsqueda de proximidad y mantenimiento de contacto, si el niño se muestra desconsolado ante la separación, es fácilmente consolable por la madre y finalmente, una persona extraña puede a veces consolarlo, pero con mayor dificultad que la madre.

b) *Apego de Ansiedad/Ambivalencia*: el niño manifiesta miedo constante ante la posible separación de la madre, dando muestras de protesta cuando ésta se aleja y aferrándosele de manera exagerada. Durante la separación no admite el consuelo del extraño. Busca el consuelo de la madre, pero es difícil de consolar. Las causas pueden ser frecuentes separaciones prolongadas y continuas amenazas de abandono. Ello da lugar a un vínculo poco seguro (Bowlby, 1989; Castillo, 1999).

c) *Apego de Evitación*: el niño muestra poca resistencia a la separación y evita fuertemente el contacto. Cuando es separado de la madre, admite fácilmente el consuelo del extraño. Esta reacción defensiva y de rechazo es una manera de protegerse, pues ya no confía en el objeto de apego y de hecho espera ser desairado por él (Bowlby, 1989).

d) *Apego Desorganizado*: el niño muestra comportamientos contradictorios e inconsistentes, parece confundido ante el retorno de la madre, ya que primero se acerca y después se detiene, no busca el contacto, más bien se inmoviliza. Esta conducta es más frecuente encontrarla en niños muy maltratados y descuidados por los padres (Cittenden, citado por Bowlby, 1989) y también en niños cuyas madres sufren trastorno afectivo bipolar y no es constante ni congruente en las muestras de afecto que le da al niño (Main y Hesse, citado por Liebert y Spiegel, 2000).

Las conductas a través de las cuales se considera que existe una relación de apego entre dos personas son: cuando existe búsqueda de aproximación o contacto con esa persona, cuando hay protesta ante la separación de esa persona, cuando se busca protección y seguridad con ella, cuando se siente consuelo y apoyo emocional y también cuando dicha persona es fuente de información (Bowlby, 1989).

A lo largo de la vida las figuras de apego se mantienen o evolucionan, dependiendo, como ya se mencionó, de la calidad del vínculo y de la madurez del sujeto.

En la infancia son los padres la principal figura, siguiendo los hermanos y/o familiares cercanos; en la adolescencia siguen siendo los padres seguidos por los amigos; en la juventud, los padres, la pareja y los amigos se sitúan en el mismo nivel; durante la edad adulta la pareja es la principal figura de apego, siguiendo los padres y los hijos; por último en la senectud son los hijos y el cónyuge las principales figuras, seguidas por los nietos, los hermanos, los hijos políticos y demás familiares.

Aunque los padres son mencionados como principales figuras de apego durante el curso evolutivo, es la madre por lo general, la que forma el vínculo más fuerte con el hijo (Bowlby, 1989).

Como se ha venido mencionando, la separación es la situación que afecta al apego. Sin embargo se puede hablar de la separación física, como los viajes, enfermedades y muerte, así como de la separación emocional, en la que hay presencia física pero con desconexión psicológica, es decir, falta de atención,

interés y cuidado por parte la madre o quien lo cuida. Y esta falta de contacto emocional y afectivo, puede dejar severas huellas en el niño, que se reflejan en el desarrollo de psicopatologías como delincuencia, trastornos psicosomáticos, ataques de pánico, psicopatías, etc. (Garelli y Montuori, 2000).

### **4.3 Estudios Recientes.**

Arbona y Power (2003) no encontraron diferencias significativas entre los estilos de apego de los padres y la autoestima y el desarrollo de conductas antisociales de los hijos.

Feeney y Collins (2001) encontraron relación entre los estilos de apego y el desarrollo de mecanismos de apoyo entre adultos.

Kim y Grant (2002) estudiaron la relación entre vínculo parental y el trastorno del jugador compulsivo, encontrando que cerca del 40% de los jugadores compulsivos tuvieron padres negligentes.

Chorpita y Barlow (1998) encontraron factores de experiencias tempranas relacionadas con el desarrollo de la ansiedad, entre las que están la los estilos parentales y el apego.

Levy, Batt y Shaver (1998) encontraron relación entre las representaciones de los estilos parentales y el desarrollo de estilos de apego en universitarios.

Mikulincer (1998) estudió la relación entre los estilos de apego y el control afectivo, encontrando que el apego seguro y el apego de evitación tenían relación con el desarrollo de actitudes positivas; mientras que el apego de ansiedad/ambivalencia tenía relación con el desarrollo de actitudes negativas.

Ojada, Díaz-Loving y Rivera (1998) describen ocho tipos de apego en las parejas mexicanas.

Mickelson, Kessler y Shaver (1997) encontraron que existe relación entre el estilo de apego y el desarrollo de psicopatologías; así como la relación entre una infancia difícil y el desarrollo de apego inseguro.



Feeney y Ryan (1994) encontraron relación en el estilo de apego ansioso/ambivalente y el desarrollo de emociones negativas.

Simpson, Rholes y Nelligan (1992) estudiaron la relación de estilos de apego en parejas enfrentadas a una situación de estrés, encontrando diferencias entre las parejas que mostraron apego seguro y las que mostraron apego de evitación, en la manera que prestaron apoyo emocional y contacto físico a sus parejas.

Collins y Read (1990) encontraron relación entre el apego seguro y la capacidad de establecer relaciones íntimas y cercanas, en un estudio de parejas.

## **5. PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA.**

Cada vez con mayor interés los padres y maestros tratan de conocer los factores que influyen en el desarrollo integral del niño. Por un lado los padres quisieran tener hijos sanos y felices, capaces de relacionarse con otros de manera adecuada, que exploren su medio y desarrollen habilidades físicas y mentales que los lleven a trascender en su vida. Por otro lado, los educadores buscan apoyar a la familia en el proceso educativo para fomentar el desarrollo de individuos estables y autosuficientes que construyan un mundo mejor.

Por lo que la calidad de las relaciones que ha tenido el niño desde su nacimiento, determinan su capacidad cognitiva, su motivación para tener éxito escolar y sus expectativas de logro para alcanzar sus objetivos (Schaffer, 1991), promoviendo también su individualización y el crecimiento de su propio autoconcepto (Clemente y Lidón, 1996). Un niño desarrolla un buen concepto de sí mismo si por lo menos uno de los padres le confiere validez a los pasos que va dando (Satir, 1989).

El núcleo básico de la sociedad es la familia, que la construye la unión de dos personas: el padre y la madre, más los hijos (Satir, 1989). En nuestra cultura, la madre es uno de los pilares fundamentales en el desarrollo afectivo del niño, por lo

tanto las ideas que tiene sobre la crianza y educación de sus hijos, le permite desarrollar algún estilo parental que afectan las conductas de los hijos (Carter y Welch, 1981; Neal y Frick Horbury, 2001; Ortega, 1994; Parker, 1993).

El estilo de apego es influenciado por los modelos parentales de la madre (Ojeda et al, 1998) y a su vez tiene fuerte influencia sobre sus hijos. El niño mexicano aprende a través de sus relaciones con la madre un amplio repertorio de expresiones afectivas (Díaz- Guerrero, 1982). En base a lo anterior, se considera importante investigar la manera en que se correlacionan el estilo parental de la madre y su estilo de apego desarrollado desde su infancia, con la formación del autoconcepto del hijo.

De acuerdo a la revisión bibliográfica, se desprenden las siguientes preguntas: ¿De qué manera se relaciona el estilo de crianza con el estilo de apego de las madres?, ¿Influye el estilo de crianza en el autoconcepto de los hijos?, ¿Influye el estilo de apego de las madres en el autoconcepto de los hijos?, ¿Existe relación entre el estilo de crianza, el apego y el autoconcepto?

El propósito de este trabajo es estudiar la relación entre estilos de crianza y estilos de apego de las madres con el autoconcepto de los hijos. De existir esta relación, saber en qué medida y en qué sentido se relacionan.

Los objetivos específicos de este estudio son:

- a) Estudiar la relación entre cuidado parental de la madre y autoconcepto del hijo.
- b) Estudiar la relación entre sobreprotección parental de la madre y autoconcepto del hijo.
- c) Estudiar la relación entre cuidado parental y estilo de apego de la madre.
- d) Estudiar la relación entre sobreprotección parental y estilo de apego de la madre.

La hipótesis general del presente estudio es que existe relación positiva entre estilo de crianza y estilo de apego de la madre y autoconcepto del hijo.

Las hipótesis de investigación son:

Hi 1: A mayor cuidado parental de la madre habrá mayor autoconcepto en el hijo.

Hi 2: A mayor sobreprotección de la madre habrá menor autoconcepto en el hijo.

Hi 3: A mayor dependencia de la madre habrá mayor autoconcepto del hijo.

Hi 4: A mayor ansiedad de la madre habrá menor autoconcepto en el hijo.

Hi 5: A mayor intimidad de la madre habrá mayor autoconcepto del hijo.

Hi 6: A mayor cuidado parental habrá menor dependencia de la madre.

Hi 7: A mayor cuidado parental habrá menor ansiedad de la madre.

Hi 8: A mayor cuidado parental habrá mayor intimidad de la madre.

Hi 9: A mayor sobreprotección parental habrá mayor dependencia de la madre.

Hi 10: A mayor sobreprotección parental habrá mayor ansiedad de la madre.

Hi 11: A mayor sobreprotección parental habrá menor intimidad de la madre.